

LA IGLESIA, TESTIGO Y CONSTRUCTORA DE ESPERANZA EN EL MUNDO DE HOY¹

ALVARO CADAVID DUQUE*

Resumen:

Después de repasar algunos hechos, situaciones y acontecimientos, que desde finales del siglo pasado y comienzos de este siglo XXI han llegado a producir una verdadera crisis de esperanza entre los hombres y mujeres de hoy, tanto en el mundo como en nuestro país, el autor se pregunta si la Iglesia tiene algo que decir y ofrecer, como testigo de la esperanza, en estos tiempos de crisis: ¿Puede hoy la Iglesia decir una palabra creíble y ofrecer, a través ella, razones para que los hombres y mujeres de hoy puedan seguir esperando? ¿Qué puede esperar legítimamente la humanidad y, en concreto, nuestro pueblo colombiano, de la Iglesia como pregonera del anuncio de que Cristo Jesús es nuestra esperanza (cf. I Tim, 1, 1)? Piensa el autor que la Iglesia está llamada a ser lo que ella, por deseo expreso de su fundador, tiene que ser, y así y sólo así, ella podrá constituirse en un auténtico espacio de esperanza y en constructora de la misma para el mundo de hoy.

¹ Ponencia presentada en el IX Congreso Nacional de Teología sobre «La Esperanza Cristiana», realizado en Bogotá- Colombia del 7 al 9 de octubre de 2004. Originalmente la ponencia fue presentada en dos partes. Aquí aparece en su conjunto como una sola ponencia.

* Licenciado en Filosofía por la Universidad de Santo Tomás de Bogotá- Colombia. Licenciado en Teología Fundamental por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma-Italia. Doctor en Teología por la Pontificia Facultad de Teología de Granada-España. Entre sus publicaciones se encuentran: *Hacer Creíble el Anuncio Cristiano en América Latina*, CELAM, Santafé de Bogotá 1998; *Los Signos de los Tiempos una perspectiva latinoamericana*, CELAM, Santafé de Bogotá 1999; *Teología Fundamental. La Credibilidad y sus signos*, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín 2000. También ha publicado artículos en diversas revistas de Teología. Se ha desempeñado como Vicerrector académico del Instituto de teología y Pastoral para América Latina-ITEPAL del CELAM y Director de la Revista «Medellín» de la misma entidad. También ha sido profesor titular en la Facultad de Teología y coordinador de los Postgrados en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín-Colombia y director de la revista «Cuestiones Teológicas» de la misma Universidad. Es miembro del Consejo internacional de redacción de la Revista «Louvain Studies» de la Facultad de Teología católica de la Universidad de Lovaina (Bruselas-Bélgica).

Artículo recibido el día 16 de noviembre de 2004 y aprobado por el Consejo Editorial el día 06 de enero de 2005.

Dirección del autor: acadavidd@cis.net.co

Palabras Clave: Tercer Milenio – Iglesia – Esperanza – Evangelio.

Abstract:

Many situations and events which have taken place by the end of the last century and nowadays have pushed men and women into despair; not only abroad but also in our country. In this context the author asks himself if the Church has still something to say and to offer as a witness of hope in times of crisis. Is the Church able to say now a credible word and strong enough to convince men and women that they may still have hope? Could men and women, and our Colombian people, in particular, be able to put all their hopes in the Church as being the herald of Jesus Christ, our hope? (cf. Tim 1, 1). Following the author, the Church has to be what she is called to be by the formal will of his founder. There is no other way for her to be an authentic space and builder of hope.

Key Words: Third millennium – Church – Hope – Gospel.

I. EL MUNDO DE HOY: UNA CRISIS Y UNA CONMOCIÓN QUE CREA EXCLUSIÓN Y DESESPERANZA

El alborear del tercer milenio da la sensación de estar marcado por el signo de la desesperanza. Es ya consenso general decir que asistimos y somos protagonistas de una verdadera crisis de esperanza y que los hombres y mujeres de hoy se sienten cada vez más desesperanzados, unas veces, porque colocan, quizás sin darse cuenta, su esperanza en el lugar o en las personas equivocadas y, otras, porque sus justas aspiraciones de un mundo mejor, más fraterno y con igualdad de posibilidades para todos, parece que se alejan cada vez más.

Es como si los hombres y mujeres de hoy estuvieran abocados a tener que repetir las mismas palabras que el profeta puso en boca del pueblo de Judá durante la penosa catástrofe de la destrucción del Reino y la cautividad babilónica: «Se han secado nuestros huesos y se ha desvanecido nuestra esperanza. ¡Estamos perdidos!» (Ez 37, 11), o las mismas palabras de algunos de los discípulos de Jesús cuando, después de la crucifixión, retornaban tristes y acongojados a Emaús: «Nosotros esperábamos que fuera Él quien librara a Israel...» (Lc 24, 21).

En los dos casos se trataba de personas que pusieron su esperanza en planes y proyectos humanos y que se sentían defraudados porque la situación vivida no respondía a lo que ellos habían soñado o querido. Tanto el pueblo de Judá en el destierro, como los discípulos en el camino hacia Emaús, necesitaron la ayuda de una

Palabra que les mostrara que la fidelidad de Dios era inquebrantable y que había razones para seguir esperando. Pero esa palabra se refería a otra clase de esperanza, no la que se apoya en proyectos humanos, sino en la Palabra de Dios que nunca falla.

Quizás sea justo decir que los hombres y mujeres de hoy, al igual que los dos casos bíblicos, están necesitados de una Palabra de esperanza, de una palabra creíble que, también fundamentada en la Palabra de Dios, les ofrezca razones para seguir esperando.

El tema de este congreso de teología nos coloca precisamente ante esta cuestión. ¿Qué se espera de la Iglesia, como testigo de la esperanza, en estos tiempos de crisis? ¿Puede hoy la Iglesia decir una palabra creíble y ofrecer, a través ella, razones para que los hombres y mujeres de hoy puedan seguir esperando? ¿Qué puede esperar legítimamente la humanidad y, en concreto, nuestro pueblo colombiano, de la Iglesia como pregonera del anuncio de que Cristo Jesús es nuestra esperanza (cf. 1 Tim 1, 1)? Estos interrogantes, y la respuesta que demos a ellos, tocan directamente la razón misma de la existencia histórica de la Iglesia.

Me propongo, ahora, describir someramente el contexto general de crisis, de crisis de esperanza, en el que se mueve el mundo de hoy y nuestro país, como lugar en el que se enraízan las presentes reflexiones y, a partir de allí, tratar de dar respuesta a los interrogantes planteados.

Un mundo en conmoción y en crisis

Es ya lugar común decir que el recién fenecido siglo XX se caracterizó por ser una época de cambios tan acelerados y tan profundos que terminó por provocar un verdadero cambio de época. Y en concreto, dos hechos sucedidos a finales del siglo pasado, y otros dos que han acaecido apenas comenzando el siglo XXI, van marcando definitivamente nuestra historia de cara al futuro, generando una verdadera conmoción en la conciencia de hombres y mujeres a nivel mundial, y con repercusiones de crisis muy concretas, a distintos niveles, en las diversas naciones del planeta. Veamos:

1. Posiblemente se pueda establecer el año 1989, con la caída del llamado «muro de Berlín», que supone el fin del enfrentamiento de dos visiones del mundo –la capitalista y la comunista–, como la fecha que simboliza el comienzo por anticipado del siglo XXI. El hundimiento del proyecto socialista ha significado, en última instancia, el fracaso de una ilusión, el derrumbamiento de una esperanza. La caída del muro nos reveló, detrás de él, una historia fatídica de opresión, pérdida de libertades y de discriminaciones iguales o, a veces, peores, a las vividas a este lado del muro. Se frustró así, para la humanidad, la esperanza de la posibilidad real de realizar uno de sus sueños más queridos: un mundo igualitario y sin discriminaciones. Como consecuencia, y para empeorar más el sentimiento de fracaso y desencanto, se viene imponiendo en todo el mundo el estilo de vida,

modos y valoraciones generados por el modelo occidental. La imposición universal de este modelo, consideran algunos, es el final de la historia. Se dice que hemos llegado a la etapa final, que consagra el triunfo del capitalismo y de la sociedad liberal. No es que éste sea el mejor sistema, sino que es el único posible. Pueden hacerse reformas y transformaciones dentro de él, pero no hay alternativas ni puede haberlas. Es el modelo a imitar y el que todos tienen que instaurar².

2. Gracias a los medios de comunicación social —especialmente la informática, la telemática y la red de enlaces mundiales—, a la interconexión mundial de la economía y la uniformidad de los mercados y las culturas, a la globalización de las ideas, de los productos y de las corrientes financieras, y al fenómeno de la urbanización, el mundo se ha convertido en una «aldea global». Se trata del fenómeno de la «globalización» como universalización de la conciencia humana y nuevo paradigma de comprensión e interpretación del mundo, que provoca un nuevo modo de percibir las cosas, de actuar y de valorar, que va conduciendo, a su vez, a una nueva cultura con ribetes de universalidad. Es éste un mundo tan interdependiente e interconectado, que se ha llegado incluso a decir que por primera vez en la historia humana comienza a darse una historia verdaderamente universal y una cultura mundial. Hoy no se puede hablar de acontecimientos o sucesos que ocurran sólo a algunos en un lugar de la tierra, y que únicamente los afecte a ellos de una manera aislada. Lo que ocurre a unos, incide sobre todos, y lo que ocurre a todos, determina la vida en cada una de las regiones y contextos particulares de nuestro mundo.

Este fenómeno de la globalización ha traído consecuencias desiguales en una y otra parte del planeta, con la característica general de afectar negativamente a las sociedades y culturas más pobres de la tierra. Los ideales humanos de gran alcance, las utopías de la justicia y la redención de la humanidad, se han quedado en suspenso, dejándolo todo en manos del mercado, del que se esperaba que por sí solo instaurara la soñada igualdad y justicia y que, finalmente, sólo ha provocado crisis, decepción y desesperanza porque las injusticias y desigualdades son cada vez mayores y más profundas: hoy se da una mayor producción y riqueza mundial, aunque cada día peor distribuida; una mayor interdependencia e intercambio entre las naciones del mundo, pero de una manera asimétrica; un mayor conocimiento y dominio de la naturaleza, pero privilegiando a pequeñas elites hegemónicas y, en la mayoría de los casos, degradando los ecosistemas; una mayor, mejor y más rápida comunicación intercontinental, la conquista del espacio y del átomo, aunque sin beneficio real para grandes mayorías, que no tienen acceso a la red informática en tiempo real («desconectados»); la lucha

² Cf. FUKUYAMA, F. *El fin de la historia y el último hombre*, Barcelona 1992.

contra las enfermedades y desastres naturales es cada día mayor; aunque todavía con una falta enorme de equidad hacia los pueblos más vulnerables; se dan grandes avances de la cultura y el arte, pero con desigual distribución de beneficios y, a veces, con graves deterioros culturales; se da una mayor insistencia en los derechos humanos universales, pero quizás sin una clara y adecuada base de valores y principios éticos³.

En definitiva, podemos decir que, finalmente, la globalización para algunos pocos ha significado vida y creatividad, avance y realización, mientras que para una gran mayoría ha significado exclusión, frustración, muerte y, en últimas, una profunda desesperanza⁴.

3. En los albores del siglo XXI, con los sucesos del «11 de septiembre» de 2001 en Estados Unidos y del «11 de marzo» de 2004 en Madrid-España, la violencia en formas suicidas se ha desencadenado de una forma tal, que ha traído un espiral de violencia al que por ahora no se le ve fin. Se conjugan el uso de grandes poderes técnicos, que producen sofisticadas armas capaces de destruir grandes masas de población, y la exasperación de individuos o grupos, que al absolutizar y divinizar algún valor o causa, usan esas armas, arriesgando suicidamente la propia vida, por defender sus ideales de grupo, de patria o de religión. Cada hombre es una posible bomba a estallar. Se ha pasado, así, de un clima de confianza y seguridad a un régimen de inseguridad y desconfianza que, a su vez, ha hecho pasar a la defensa, a la llamada «guerra preventiva» y al terror. Vivimos hoy una situación internacional de violencia, desasosiego e intranquilidad que ha ahondado la desilusión y la desesperanza ante la imposibilidad de construir un mundo fraterno y en paz.

Unido a las consecuencias que estos hechos suponen para nuestro país, se presentan entre nosotros las graves consecuencias ocasionadas por la corrupción, la violencia, el narcotráfico y el conflicto armado en el que está sumida nuestra nación desde hace ya un buen rato. Pobreza y miseria, abandono de las tierras, desplazamientos forzados, daños ecológicos irreparables, secuelas y patologías de todo tipo en las personas y en la sociedad son, entre otros, la resultante de la compleja situación que vivimos.

³ Cf. CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO. *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe*. Reflexiones del CELAM 1999-2003, Santafé de Bogotá 2002, 14-15.

⁴ IBIDEM. Este dato quizás nos obligue a distinguir entre globalidad y globalización. La globalidad se refiere más bien al hecho de que el mundo se vuelve cada vez más interaccionado y que las sociedades que permanecen cerradas a este fenómeno entran en crisis como consecuencia lógica del aislamiento. En cambio la globalización hace alusión a la ideología económica, política y sociocultural que se coloca a la base.

Todo este escenario ha terminado por generalizar una experiencia común: la crisis, la conmoción y la desesperanza. Hoy se habla, por doquier, de un mundo y de un país en crisis, conmovido y desesperanzado. Es la pérdida de la esperanza provocada por estos fenómenos, y cuyas consecuencias no han permitido, todavía, dar a luz una sociedad justa, igualitaria, fraterna, solidaria y en paz como la soñamos todos.

Esta crisis generalizada de esperanza se manifiesta y concretiza en cinco aspectos, que consideramos como los más relevantes: la crisis de la exclusión, la crisis ecológica, la crisis cultural, la crisis religiosa y la crisis de la subjetividad⁵. Ciertamente es que estas situaciones se expresan de una manera particular en nuestro país, pero las compartimos con un resto grande de la humanidad. Digamos una palabra acerca de cada una de estas cuestiones.

La crisis de la exclusión

Hoy se ha creado lo que se podría denominar como un fundamentalismo y una dictadura del mercado en torno al mito de que éste lo abarca todo y que el juego de la oferta y la demanda es inevitable en todos los campos. Esto hace que todas las realidades humanas entren en el juego del mercado: todo es susceptible de comercio y mercado, aún los bienes no materiales. Todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, en el que el poderoso engulle o destruye al más débil⁶. Como consecuencia de esta situación grandes masas de la población, en diferentes partes del mundo, incluyendo nuestro país, se ven excluidas y marginadas, lo que, a su vez, es causa de desplazamientos, migraciones y violencia.

Gracias a ese capitalismo especulativo, cada día mueren en el mundo cien mil personas, -once niños por minuto-, según los datos presentados en la «cumbre contra la pobreza», realizada en vísperas de la 59 asamblea general de la ONU el pasado mes de septiembre del año anterior. Y lo más escandaloso de todo es que, según la FAO, la agricultura mundial está en capacidad de alimentar doce mil millones de personas, es decir, el doble de la actual población mundial del planeta. Por esta razón se afirmó, en la misma cumbre a la que acabamos de aludir, que la pobreza es actualmente el arma más destructiva de las armas de destrucción masiva. Hoy se ha llegado a hablar, incluso, en términos de «genocidio del hambre», y se dice que lo único que hay realmente globalizado en el mundo es la miseria. Ya lo denunciaba el

⁵ A algunas de estas crisis, pero desde una perspectiva diversa, se refiere: CASTILLO, CARLOS. «Ante los desafíos del tránsito de época: una iglesia para vivir», en *Cuestiones Teológicas y Filosóficas* 72 (2002) 237-257.

⁶ Cf. JUAN PABLO II. Exhortación apostólica *Ecclesia in America*, n. 20; CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO. *Globalización y Nueva Evangelización en América Latina y el Caribe*. Reflexiones del CELAM 1999-2003, Santafé de Bogotá, 20-21.

Papa Juan Pablo II: «nuestro mundo empieza el nuevo milenio cargado de las contradicciones de un crecimiento económico, cultural, tecnológico, que ofrece a pocos afortunados grandes posibilidades, dejando no sólo a millones y millones de personas al margen del progreso, sino a vivir en condiciones de vida muy por debajo del mínimo requerido por la dignidad humana»⁷.

Algunos de esos marginados se esfuerzan por sobrevivir buscando acceder al conocimiento, que es el lugar en el que hoy se juega la economía. Los países y las personas entran a competir en este campo desigual, dando comienzo a un círculo infernal de pobreza y exclusión. Los pobres no tienen posibilidad de acceder fácilmente al conocimiento y, al mismo tiempo, tienen poco poder de consumir los productos técnicos del mismo, y por esta razón son, entonces, excluidos. Dentro de la banca multilateral y el neoliberalismo, para referirse a los más pobres y marginados, se ha llegado a hablar de un «cuarto mundo» y se refieren a él, con cinismo, en términos de «sobrante» y amenaza para la humanidad. Otros han llegado a hablar de regiones y hasta de Continentes de la desesperanza.

Toda esa masa de pobres, marginados y excluidos, lanzados a vivir la vida en la miseria, está clamando, y cada vez con más fuerza, por su inclusión en la vida económica y social, con la esperanza de que algún día el mundo escuche su lamento. Vale la pena preguntarse: ¿será posible reconstruir y devolverle la esperanza, ya no sólo a los pobres que claman por la liberación de estructuras injustas y opresivas, sino también a los excluidos del sistema del mercado y el consumo, condenados al olvido, a la miseria absoluta y a la muerte? ¿Qué instancia podría decirles una palabra y realizar acciones a través de las cuales ellos se sintieran «incluidos»?

La crisis ecológica

En relación con lo anterior, hay que señalar que el actual modelo de las sociedades desarrolladas de consumo se basa en una asimetría que condena a los países pobres a tener un papel periférico y un nivel de desarrollo limitado que, a la larga, es imposible de mantener por los desastres y problemas ecológicos que trae consigo y por el despilfarro de recursos que exige. La depredación de la naturaleza no tiene precedentes en ninguna otra etapa de la historia humana. Es enorme la cantidad de productos químicos y desechos tóxicos que se arrojan a la tierra y se lanzan al aire, causando una contaminación que hace casi imposible respirar en muchas ciudades, a lo que se suma el uso anárquico que los pobres han hecho de los recursos de la misma naturaleza presionados por su necesidad de supervivencia. Esta situación ha provocado un verdadero desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas

⁷ JUAN PABLO II. Carta Apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 50.

del hombre vastas áreas del planeta⁸, poniendo en crisis la existencia misma de la humanidad. Estamos colocados ante un verdadero caos social y un posible cataclismo cósmico.

En nuestro país, además de lo anterior, hay que pensar en las tremendas consecuencias y daños que para el ecosistema supone la tala de bosques para el cultivo de la mata de Coca y las fumigaciones, subsiguientes, que se hacen para erradicarla.

Ante estos hechos, es lícito preguntarse si es posible mantener la ilusión y la esperanza en un mundo habitable para todos, y en una reubicación del hombre, considerado no como dominador, sino como servidor, en solidaridad y en comunión con todo lo creado.

La crisis cultural

La globalización ha ocasionado una crisis y una conmoción muy profunda entre las culturas ancestrales, que se han visto invadidas cultural y tecnológicamente. Una imagen común del mundo, un estilo de vida, unos valores, una concepción global teórica y práctica, invade a los pueblos y erosiona las culturas. Hay toda una globalización cultural, fruto de la televisión y el internet, de las migraciones, los desplazamientos voluntarios y forzados, y del mismo turismo mundial, que trae consigo una asimilación de valores y comportamientos y, también, una nivelación cultural, en dependencia de los focos de poder⁹.

Paradójicamente, frente a este mundo globalizado, nunca se habían defendido tanto, y aún con tanta agresividad, los nacionalismos, las etnias y las propias culturas, como hoy se las defiende. Es un mundo que se reconoce como multicultural y policéntrico, aunque esta pluralidad se vea amenazada y erosionada por el avance de la imposición global de un modo de vida.

A lo anterior hay que agregar que gracias al fenómeno urbano actual es posible encontrar hoy en nuestras ciudades la convivencia de personas provenientes de las más variadas tradiciones culturales, que interactúan y mutuamente se influyen, en una verdadera fusión y mestizaje cultural. Parecería que este fuera el modelo social del futuro.

⁸ Cf. *Novo Millennio Ineunte*, n. 51; también, *Ecclesia in America*, n. 25. Este mismo documento, en el numeral 56, califica la destrucción de la naturaleza como uno de «los pecados que claman al cielo».

⁹ Cf. *Ecclesia in America*, n. 55.

En este contexto, hay que plantear la necesidad de mantener el derecho de los pueblos, sobretodo de los más pequeños y pobres, piénsese, por ejemplo, en los indígenas y los afrocolombianos en nuestro país, a salvaguardar su identidad, para que no se imponga una cultura sobre las otras ni se las nivele, arrasando con lo propio de cada una, sino que, más bien, haya espacio para el pluralismo, el diálogo y el intercambio cultural. Esta es la esperanza de estos pueblos y uno de los mayores retos del siglo XXI, en el contexto de un nuevo modelo de sociedad plural y diversa.

La crisis religiosa

Dos cuestiones aparecen hoy de cara al fenómeno religioso. Por una parte, habitamos un mundo, en donde ya es conocida la riqueza de religiones milenarias que, a pesar de haber sido puestas en crisis por las incoherencias de sus seguidores y de ser, muchas a veces, matriz de discordias y guerras, mantienen todavía legiones de seguidores. Es hoy un espectáculo escandaloso para el mundo la marcada separación, división, rivalidades y, a veces, antagonismo al interior del cristianismo y entre las diversas religiones. Se dice que no hay conflicto actual en la humanidad que no tenga como trasfondo un conflicto religioso y que la misma paz mundial pasa hoy por la paz entre las religiones. Los recientes sucesos de terrorismo mundial, inspirados en motivos religiosos, son una muestra patética del punto al que puede llevar el fanatismo religioso. Este fenómeno va causando un clima mundial de crisis y de sospecha ante las religiones.

Por otra parte, el fenómeno religioso en el contexto de la postmodernidad, es hoy ambiguo. Por un lado se presenta lo religioso con características de auge y, por otro, de crisis. Se piensa que está en auge porque cada vez hay una mayor cantidad de gente que busca experiencias religiosas cada vez más intensas. Pero estas experiencias son tan particulares que podríamos hablar de una crisis. Se ha acentuado el individualismo narcisista, que considera la religión como un mundo de sensaciones al servicio de la paz interior y del sentirse bien. Se hacen también hoy mixturas religiosas muy variadas (nuevos sincretismos) donde ya no preocupa pertenecer a un grupo o secta sino que se pretende desarrollar la experiencia de acuerdo con lo que la persona sienta, de modo que pueden haber religiones como personas hay. Además existe una tendencia a relacionar esas experiencias con cultos a diversos aspectos, como pueden ser: la salud, la belleza, el estado físico, la ecología, el esoterismo, etc. En este tipo de experiencias se refuerza la desconfianza en las grandes religiones: la institución, la autoridad y la tradición no interesan. La comunidad se convierte en un útero materno que sana, y la superstición, la magia y el misterio reaparecen. La reflexión es mínima, mientras que la pasividad y la búsqueda de salvación por medio del placer gratuito e intenso, son determinantes¹⁰. Es paradójico

¹⁰ Cf. CASTILLO, CARLOS, *o. c.*, 248; MARDONES, J. M. *A dónde va la religión, cristianismo y religiosidad en nuestro tiempo*, Santander 1996, 203ss.

decirlo pero, en medio de este retorno de lo religioso, la experiencia profunda y seria de Dios parece desaparecer. La indiferencia religiosa y el ateísmo como mentalidad conviven hoy con las búsquedas más contradictorias de lo sagrado y de lo divino.

En el marco de la situación que acabamos de describir nos preguntamos: ¿de cara al futuro será posible mantener la esperanza en el Dios que gratuitamente se nos autodona, en el Dios que está viniendo, pero que a la vez nos compromete de lleno, sin alienarnos, en la transformación de este mundo, para que sea humanamente habitable? ¿Será posible conseguir la paz mundial y que las religiones y las iglesias se constituyan en artífices primarios de la misma y signos de unidad ecuménica? ¿Será posible esperar que un día el nombre de Dios no sea utilizado como hoy se hace, desde los diversos fanatismos religiosos, para atentar contra la vida de quien tenga una experiencia de Dios diversa a la propia?

La crisis de la subjetividad

Con la crisis de las ideologías y las creencias ha aparecido un nuevo ciclo dentro de aquello que hemos denominado modernidad –la postmodernidad–, que ha provocado la crisis total del sujeto humano, con consecuencias aún impredecibles para la sociedad. Se trata de la aniquilación y disolución total del sujeto, fruto de la decepción y desilusión de las promesas de progreso, igualdad y bienestar hechas por la modernidad.

Se habla hoy de la crisis síquica y social de las personas. Hay una crisis tanto de la subjetividad personal como de la subjetividad socio-política. La subjetividad personal se encuentra fragmentada en todas sus partes y encerrada en un narcisismo extremo, sin horizontes ni referentes claros. Por esta razón se le ha llamado a este tiempo «tiempo de la subjetividad», en el que las personas cultivan, sin medida, su propio jardín y recurren, cada vez más, a medios inadecuados para salir de sí mismos. Ya no hay crisis de sentido, sino que el sujeto mismo se siente aniquilado en su conciencia y en su estructura personal. Se podría decir que asistimos a la muerte del sujeto humano real, de la naturaleza y hasta de la posibilidad de la desaparición del género humano.

A lo anterior se agrega la disolución de las formas de subjetividad social por falta de instituciones y referentes sociales sólidos. La política con su descomposición ha puesto al descubierto su incapacidad para resolver los problemas de los ciudadanos. Ya nadie quiere participar en la política porque ven la urgencia de recomponerse primero a sí mismos para después comprometerse en proyectos sociales¹¹.

¹¹ Cf. CASTILLO, CARLOS. *o. c.*, 243; CRUZ, M. *Tiempo de subjetividad*, Buenos Aires 1996.

La recomposición, primero del sujeto personal disgregado y desintegrado y, luego, del sujeto social, en manos de la violencia, del mercado y de los poderosos de este mundo, se presenta como otra de las tareas primordiales del s. XXI.

De la complejidad de las situaciones vividas en cada uno de los aspectos señalados, queda la sensación de que los hombres y mujeres de hoy se han venido sumergiendo en una verdadera y muy profunda crisis de esperanza, experimentada y expresada, como lo hemos hecho notar, a diversos niveles de la realidad. Es en este contexto donde nos volvemos a preguntar: ¿Tiene la Iglesia algo que decir y ofrecer, como testigo de la esperanza, en estos tiempos de crisis? ¿Qué puede ella aportar para no dejar perder la esperanza al hombre de hoy? ¿Qué pueden legítimamente esperar de la Iglesia los hombres y mujeres de hoy? Son éstas las cuestiones planteadas desde el inicio.

Si se me permite, quisiera, de entrada, dar respuesta a los interrogantes planteados: el mejor servicio que la Iglesia puede prestar a este mundo de hoy, en el que nos toca vivir y del cual somos protagonistas, en un mundo con una verdadera crisis de esperanza, y de crisis de esperanzas muy concretas, es que ella sea, precisamente, lo que tiene que ser: Iglesia!. Sólo siendo lo que ella tiene que ser, podrá constituirse en un verdadero espacio de esperanza, a la vez que podrá llegar a ser una auténtica testigo y constructora de esperanza para los hombres y mujeres de este mundo.

La tarea que sigue ahora es fundamentar y explicar lo que se quiere decir con tal afirmación.

II. JESÚS: UNA COMPASIÓN QUE CREA IGLESIA

Es deber de la Iglesia preguntarse en cada época y en cada momento histórico qué es lo que la constituye como tal y cuál su misión, para saber que es lo que ella es y debe hacer. En cada presente histórico ella debe hacer memoria de su pasado original para poder hacer la profecía de su futuro. Para realizar esta tarea ella debe poner siempre su mirada en Jesús, como fuente y origen del movimiento que desató aquella realidad que desde el Nuevo Testamento se denomina Iglesia, para descubrir la intencionalidad de lo que él quería que fuera el grupo que instituyó como comienzo de la misma¹².

¹² Cf. LOHINK, GERHARD. *La Iglesia que Jesús quería*, Bilbao 1986. El autor muestra en tres etapas – la relación de Jesús con Israel, con sus discípulos y en las comunidades neotestamentarias– que Jesús con sus acciones y palabras quería convocar el nuevo Israel, el Israel escatológico, como «sociedad de contraste», que irradiara a todas las naciones y a todos los pueblos y, éstos, atraídos y fascinados por lo que sucedía en el nuevo Israel – la Iglesia–, se convirtieran a Dios y acogieran su reinado. En algunos de los párrafos que siguen somos deudores de esta obra.

El Israel del Antiguo testamento era un pueblo escogido por Dios y comprometido en Alianza con él, para que la soberanía de Dios, a través de su vida fraterna de pueblo, que no admitía injusticia, marginación o división alguna, resplandeciera e iluminara a todas las naciones de la tierra. Israel es un pueblo elegido, y en cuanto tal, pueblo llamado por Dios a una existencia interior de fraternidad y justicia social, que lo diferenciará, por voluntad expresa del mismo Dios, de los restantes pueblos (cf. Dt 7, 6-8). En cuanto Israel ajustara su comportamiento a la actuación liberadora de Dios, llegaría a ser realmente un pueblo santo (cf. Dt 7, 6-8; Lev 19; Lev 20, 26). Su santidad que se fundamentaba, por una parte, en esa elección amorosa de Dios que de entre las naciones lo convirtió en pueblo de su propiedad y, por otra, en la consonancia de su comportamiento moral y social con el orden establecido por Dios, que lo situaba en fuerte contraste con el ordenamiento social de los otros pueblos de la tierra, en donde imperaba la violencia y la ley de los más fuertes.

Jesús es heredero de esa tradición profética que interpreta la historia de Dios con el mundo como una historia salvífica mediada por Israel. Lo que lo diferencia con respecto al Antiguo Testamento, y él tiene conciencia de ello, es que su convocación está bajo el signo escatológico, pues lo realizado en el pasado palidece ante el maravilloso y definitivo obrar de Dios en favor de la restauración última de su pueblo, a través de su persona. En Jesús, Dios llama de forma definitiva e irrevocable a su pueblo a ser santo para que, de este modo, llegue a ser luz y su luz resplandezca en medio de las naciones.

Las profecías acerca de la peregrinación escatológica de todos los pueblos a Israel (cf. Is 2, 1-3; Is 60, 2), en el que los gentiles serán salvados al contemplar cómo resplandece en Israel la luz de Dios, son asumidas por Jesús. Él limita su acción al pueblo de Israel precisamente porque se sabe consciente de que la salvación de los pueblos pasa por Israel como pueblo en el que Dios hará que su luz brille, como lugar en el que se santificará, como obra escatológica de Dios mismo, el nombre de Dios. Si esto no ocurriera los gentiles no podrían venir a la salvación (cf. Mt 8, 11 y par), pues si la luz de la soberanía de Dios no resplandece en el pueblo de Dios no será posible que los gentiles se pongan en camino hacia su salvación.

La idea del reinado de Dios, que Jesús anuncia con sus palabras y con sus acciones, está profundamente ligada a este pueblo de Dios, en cuanto que en él se realiza la promesa hecha desde antiguo¹³, lo que descarta cualquier posibilidad de entender el reinado de Dios como una realidad universal que se realiza en el interior

¹³ Pocos dichos de Jesús hacen referencia explícita a la «reunión de Israel» (Mt 23, 37; Lc 13, 34) posiblemente porque para Jesús era evidente que la idea del reinado de Dios presuponía un pueblo en el cual implantarse y resplandecer. Precisamente es lo que desde el Antiguo Testamento se expresaba en el hecho de la Alianza. Dios quería hacerse un pueblo para que en él resplandeciera su rostro, y el signo de que el pueblo se constituía como pueblo de su propiedad era que entre ellos se vivían relaciones fraternas de hermanos, se practicaba el derecho y la justicia, manifestaciones éstas

de los creyentes dispersos por el mundo como individuos. Incluso, la misma entrega de Jesús a la muerte puede interpretarse como entrega a favor de Israel que se negó a aceptar su mensaje y se alistaba para eliminarlo. Así se interpreta el «por muchos» de las palabras de Jesús en la última Cena (cf. Mc 14, 24). Jesús habría entendido su muerte como acontecimiento salvífico de parte de Dios que sana lo que Israel le hace a él mismo, quedando, así, eliminada la acción criminal de Israel y dejando abierto el camino del pueblo de Dios hacia la conversión, lo que no excluye la oferta de salvación también para «los muchos» de las naciones gentiles.

Cuando Jesús aparece en escena encuentra a su pueblo Israel sumido en una verdadera crisis de esperanza. Bajo el yugo del poder romano, y bajo la tutela de unas autoridades religiosas que se habían adjudicado el derecho de interpretar la ley de Dios de una manera legalista y asfixiante, imponiendo pesadas cargas a la gente más sencilla y desamparada, el pueblo sencillo, por las discriminaciones y exclusiones a las que era sometido, no encontraba posibilidades sociales ni religiosas de realización. El fatalismo y la desesperación eran el alimento cotidiano de la gran masa del pueblo, que andaban errantes y como ovejas sin Pastor, perdiendo así la esperanza en el pronto establecimiento de la justicia y el derecho divino.

Al establecer tal tipo de exclusiones y discriminaciones, Israel no estaba siendo el pueblo santo de Dios. Jesús, ante la inminencia de la llegada del reinado de Dios que no admitía ningún tipo de exclusión ni discriminación, quería convocar al Israel escatológico y constituirlo en verdadero pueblo santo y elegido¹⁴, para que así se hiciera capaz de acoger ese reinado. Sólo la búsqueda de una comunión fraterna y no discriminatoria con los excluidos de aquel pueblo podría lograrlo.

El conjunto de palabras y las mismas acciones que Jesús realiza –curaciones, exorcismos y comidas con los excluidos y considerados pecadores–, muestran que el Reino de Dios está no sólo próximo, sino ya presente entre ellos (cf. Lc 11,20; Lc 7, 22 par Mt 11, 2-5). Esas acciones significan y expresan que el Reinado de Dios está empezando a llegar y que el dominio de Satán, que trae división y discriminación, está llegando a su final (cf. Mt 11, 2-5; Is 35, 5-6). Jesús, movido por una profunda «compasión»¹⁵, conmovido hasta las entrañas, quiere sacar a la gente excluida y

de que se hacía la voluntad de Dios, es decir, que Dios reinaba en ellos. De esta manera Israel se convertía en signo de salvación universal, pues manifestaba que era propiedad de Dios porque en él resplandecía la voluntad de Dios como experiencia vivida (cf. Lev 19; Lev 20, 26).

¹⁴ Las palabras del Padre Nuestro: «Santifica tu nombre, Haz que venga tu Reino» (Lc 11, 2-4) expresan el deseo de que Dios realice la congregación y renovación del pueblo, pues según Ez 36, 22-24 y 20, 41.44, Dios mismo santificará su nombre recogiendo a Israel de todas partes en el tiempo escatológico, renovándolo y convirtiéndolo de nuevo en un pueblo santo.

¹⁵ La palabra corresponde al verbo griego *spagjinisomai*, verbo deponente pasivo que aparece en los evangelios sinópticos doce veces (Mc 1, 40-42; 6, 34; 8, 2; 9, 22; Mt 9, 36; 14, 14; 15, 32; 18,

marginada de su pueblo del fatalismo y la desesperanza en las que se han visto sumidos por las autoridades religiosas de su pueblo. Él quiere llamarlos a la esperanza y a la ilusión de recuperar su vida y dignidad, creando una comunión fraterna con ellos, como expresión de que Dios ha comenzado a reinar. Sus acciones quieren ser símbolo de esa realidad. En el tiempo escatológico de la salvación, en el escatológico pueblo de Dios, nadie puede quedar fuera de la salvación: ni los marginados, ni los enfermos, ni los pecadores. De esta manera, Jesús está fundando un nuevo tipo de pueblo y sociedad, una comunión en la que se vive y convive de forma distinta que en el resto del mundo, en la que no se rechaza a nadie ni se excluye a nadie ni nadie se considera superior, sino que todos son iguales, sus relaciones son fraternas y su máxima preocupación la constituye el cuidado de los más débiles y la defensa de la vida de los más desamparados.

Entre todos los que escuchaban a Jesús, él llamó y reunió a un grupo de discípulos, que constituyeron su círculo más íntimo, para estar con él, compartir su mismo estilo de vida y su destino (Mc 3, 13-19; Mt 10, 3; Lc 6, 15). Históricamente este grupo, conformado por los doce y otros discípulos más, es convocado para colaborar en la misión de reunir y restaurar a Israel. Pero cuando Israel como totalidad no acepta el mensaje de Jesús, se les encomienda una nueva función: representar simbólicamente a todo el pueblo. Este grupo de discípulos no constituye una comunidad nueva fuera del antiguo pueblo de Dios, que suplanta a Israel, sino que ellos son el nuevo pueblo de Dios de los últimos tiempos. Ellos deben representar visible y simbólicamente lo que el pueblo tiene que llegar a ser y, en este sentido, ellos son signo profético de ese Israel.

Jesús hace exigencias radicales a este grupo de seguidores; exigencias que van desde dejar la familia, la institución más vinculante de esa época, hasta dejar la profesión, no tener posesiones ni hacer previsiones para el día siguiente (cf. Lc 14, 33; Lc 12, 22-32), abandonar toda pretensión de dominio de unos sobre otros, no poseer ni llevar para la misión nada más allá de lo estrictamente necesario (cf. Mc 10, 42-45; Lc 9, 3), y también la renuncia a todo tipo de violencia (Mt 5, 39-42; Lc 6, 29s). Hay otros seguidores de Jesús que no tienen que dejar sus casas ni sus familias, pero sí cumplir las mismas exigencias del grupo más pequeño. Todo este grupo, así considerado —el pequeño y el más amplio—, se constituye en signo de contradicción

27; 20, 34; Lc 7, 12-15; 10, 33-34; 15, 20). La traducción ordinaria es «tener misericordia», «ejercer compasión». Sin embargo la palabra posee un matiz muy profundo que viene de un texto antiguo. 2 Mac. 9, 5, hablando del final del rey Antíoco Epífanes, dice: «Se apoderó de sus entrañas un dolor irremediable, con agudos retorcijos internos». Cuando el verbo se transforma en sustantivo se refiere a las vísceras, a las entrañas, a los órganos internos que están entre los hombros y las piernas: corazón, pulmones, riñones. El verbo indica esas partes cuando alguna está enferma, inflamada y causa dolor. Se trata de un «dolor físico» y con esta connotación se usó para hablar de lo que Jesús sentía. Físicamente Jesús sentía el dolor de los pobres, pecadores y marginados, lo ponía mal el dolor ajeno y lo impelía a una acción inmediata a favor de los mismos.

en medio del viejo Israel: nace una nueva comunidad visible, una nueva familia de hermanos y hermanas que, más allá de todo vínculo carnal y de sangre, invoca y sólo tiene como Padre a Dios (cf. Mc 10, 29-30; Mt 23, 8-12). Una comunidad así se sabe sal y luz para otros (cf. Mt 5, 13-16) y es como una ciudad construida en un monte que no puede permanecer escondida, a pesar de que sus comienzos parezcan pequeños, como se dice en las parábolas del sembrador (Mc 4, 3-9), la de la semilla que crece por sí sola (Mc 4, 26-39), la del grano de mostaza (Mc 4, 30-32) y la de la levadura (Lc 13, 20s).

Para Jesús el Reino de Dios ya ha comenzado humilde e imperceptiblemente con él y su grupo de discípulos, y nadie podrá apagar su resplandor porque brilla en lo alto de un monte (Mt 5, 14). El Reino de Dios resplandece ya visiblemente, en Israel y para Israel, en esas personas que conforman el grupo de sus seguidores y que giran en torno a él.

Los discípulos, luego de las experiencias pascales, no siguen en Galilea, sino que se reúnen en Jerusalén. Allí fundan la más primitiva comunidad cristiana con una clara conciencia escatológica: los últimos tiempos han llegado y el Reino de Dios será revelado definitivamente. Por eso se ponen en la tarea, ya comenzada por Jesús, de llamar a Israel a la conversión (cf. Hech 2, 14-20; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 29-32). Al igual que Jesús, y en fidelidad a él, esta primera comunidad y las nuevas que fueron fundando, eliminaron todas las barreras sociales y toda forma de exclusión, continuando así la acción realizada históricamente por Jesús en su praxis del Reino de Dios: en este Reino no se admiten posiciones sociales ni dominio de unos sobre otros ni marginación de ningún tipo (cf. Mc 10, 35-45).

La anterior es la razón por la que las comunidades cristianas se organizan y celebran su fe bajo el principio de la convivencia y el amor fraterno (ágape) donde caben todos sin distinciones ni discriminaciones (cf. Rm 12, 9-21), practicando virtudes tales como el alojamiento a los venidos de otras comunidades y la puesta a disposición de las casas propias para atender a las necesidades de otros miembros de las comunidades (cf. 2 Cor 8, 10-14). El ideal propuesto en las comunidades que nos describen los Hechos de los apóstoles es un rico testimonio del derrotero a seguir: «La multitud de los creyentes no tenía sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyos a sus bienes, sino que todo lo tenían en común» (Hechos 4,32). Viven estas comunidades, con plena conciencia, un nuevo orden social, que no es algo meramente interior, sino un orden visible de reconciliación y fraternidad, que se contrapone al paganismo, conformando lo que se podría llamar una «sociedad de contraste»¹⁶ y un estilo «alternativo» de frente al orden de dominación y violencia

¹⁶ Afirma Lohfink, que aunque la expresión «sociedad de contraste» no es una expresión bíblica, el contenido semántico que encierra impregna la Biblia de principio a fin (Cf. LOHFINK, GERHARD. *o. c.*,

establecido en las otras sociedades humanas (cf. Tit 3, 3-6; Col 3, 8-14). Estar en Cristo es para estas comunidades vivir en el ámbito de la soberanía de Cristo, y este ámbito es la Iglesia en cuanto vivencia comunitaria de toda forma de fraternidad. Los mismos términos «hermano y hermana» no eran vocablos vacíos, sino que tenían concreciones precisas (cf. Flm 9-21; Gál 5, 13-15; Gál 6, 1-5 1Pe 2, 17). En dichas comunidades se promueve, también, una amplia gama ministerial rica en dimensiones carismáticas y se toma en serio, aunque no sin fallas y resquebrajamientos, el programa de Jesús de establecer una comunidad libre de cualquier dominación tanto en la vida ordinaria como en los ministerios (cf. 1 Cor 12, 12ss)¹⁷.

Este recorrido por la manera como Jesús comprendió su misión de cara a Israel, por la convivencia de Jesús con sus discípulos, y por la vida de las comunidades primitivas en el seguimiento de su Maestro, nos revela que la comunidad que Jesús quería fundar en Israel era una realidad social visible y muy concreta. No se trataba de la promoción de un sentimiento íntimo, o de un movimiento universal, o de algo meramente espiritual, vivido por creyentes dispersos en cualquier parte del mundo. Lo que Jesús predicaba, el reinado de Dios, poseía una dimensión tan radicalmente comunitaria, que los individuos aislados no estarían en condiciones de representar. Lo que Jesús quería exigía un pueblo o una comunidad concreta, localizable en el tiempo y en el espacio, que realizara una praxis concreta de hermandad y fraternidad y se constituyera, así, en luz que irradiara e iluminara a todas las naciones.

Podemos, entonces, concluir que todo el Nuevo Testamento, en cada uno de sus momentos, comprende a la Iglesia como comunidad fraterna visible, como una «sociedad de contraste», pues, en esa fraternidad visible se manifiesta su calidad de pueblo de Dios y, en cuanto tal, brilla y resplandece en ella la gloria del nombre de Dios. Así, ella se constituye en una comunidad santa que se contrapone, por esta misma razón, al mundo, que se organiza bajo sistemas de desigualdad, exclusión y discriminación.

III. LA IGLESIA: UNA COMUNIÓN QUE CREA ESPERANZA

Desafortunadamente esa manera de comprender y de vivenciar la experiencia cristiana, reflejada en los escritos neotestamentarios, a la que también se trató de ser fiel en la Iglesia de los Padres, se fue perdiendo paulatinamente a partir de la

134). La expresión es también usada por MATEOS, JUAN- CAMACHO, FERNANDO. *El horizonte humano. La propuesta de Jesús*, Córdoba⁷, 2000, 166-169. Esta obra se organiza desde el mismo presupuesto y sigue, a grandes rasgos, la misma estructura del citado libro de Lohfink.

¹⁷ Esto no significa que en las comunidades primitivas no se hayan presentado dificultades y problemas como bien lo certifica Pablo a lo largo de la primera carta enviada a los Corintios.

época constantiniana, y nunca más ha podido recuperarse plenamente. Una manera individualista de entender la santidad, refiriéndola a lo puramente interior e individual, o una actitud meramente privada, cobijada por prácticas piadosas o moralizantes y, otras veces, comprendida y anunciada sólo para determinados grupos privilegiados, ya sean laicos, sacerdotes o religiosos, hizo perder la raigambre eminentemente social y de comunidad visible que tenía originalmente la llamada y convocación a la Iglesia como pueblo santo de Dios.

De cara al siglo XXI, y si se quiere al tercer milenio, en medio de un mundo en conmoción y con una marcada crisis de esperanza, volvemos a preguntarnos si la Iglesia tiene todavía una palabra, y una palabra creíble, que decir como testigo de la Esperanza, y si nuestro pueblo tiene derecho a esperar algo de ella.

Como ya se anunciaba, consideramos que la Iglesia tiene una palabra significativa que pronunciar para responder a las expectativas de los hombres y mujeres de hoy, y esa palabra no es otra que Ella misma, en cuanto seguidora de su maestro y fundador. Ella, en cuanto convocada por Dios, en Jesucristo, con la fuerza de su Espíritu, y en fidelidad a esa comunión trinitaria que la fundamenta y la constituye, está llamada a realizarse visiblemente a través de la creación de lazos profundos de comunión fraterna, en donde no exista discriminación, violencia o dominio alguno entre sus miembros, constituyéndose así en una «sociedad de contraste», en un signo social visible de santidad, capaz de atraer a todos hacia sí por su testimonio de vida, e invitando al mundo para que se ponga en camino de conversión de sus estructuras sociales y económicas de exclusión, que provocan tanto dolor, sufrimiento y muerte. Así, Ella en sí misma y en cuanto tal, será un espacio de auténtica esperanza para a los hombres y mujeres de hoy.

El reinado de Dios tiene que manifestarse presente, ya ahora en la Iglesia, como una realidad visible, palpable y experimentable, aunque por ser todavía peregrina, de forma no plenamente consumada y realizada. Sólo una Iglesia, Pueblo de Dios en comunión, una comunión discipular, en donde todos se saben seguidores de la persona de Jesús, y llamados a «estar con él» para la escucha atenta de su palabra, para compartir sus obras, su estilo de vida y su mismo destino (cf. Mc 3, 14); una comunión vivida, y no sólo teórica, que crea lazos profundos de fraternidad entre sus miembros a todos los niveles; una comunión reconciliada, capaz de respetar, reconocer y acoger las diferencias en una profunda unidad; una comunión solidaria, que busca la justicia para todos, pero que sabe que los más pobres y excluidos son los primeros, sólo una comunidad así, decíamos, será signo visible de que el reinado de Dios se está haciendo realidad, pues en ella los hombres y las mujeres de este mundo encontrarán un espacio para soñar y recuperar sus mejores ilusiones, un espacio en donde el poder, la exclusión y el dominio de unos sobre otros no se conoce, donde la violencia no tiene cabida, donde nadie pasa necesidad, y donde el perdón y la misericordia son siempre la última palabra.

La Iglesia ha sido colocada en este mundo para ser permanentemente un «signo anticipador» del reino, signo de la realidad soñada por Dios para los hombres, que no es otra cosa que el cumplimiento perfecto también de los sueños humanos. En la medida en que los hombres y mujeres otean en la Iglesia una hermandad construida sobre la base de entrañas de justicia y misericordia, en la medida en que encuentren en ella alternativas posibles, por parciales que sean, a la situación de no salvación, no vida y no comunión, ella se convertirá en un verdadero espacio de Esperanza, a la vez que encontrarán en ella motivos suficientes para seguir esperando¹⁸.

Estamos colocados hoy ante el desafío de una Iglesia que se haga realmente santa; santidad que se debe comprender en su dimensión social visible, al estilo de las comunidades neotestamentarias, y que va inseparablemente unida a la santidad de los individuos que la componen. Una Iglesia que es santa por la forma comunitaria de vida que adopta y porque sus estructuras y relaciones lo son, de tal manera que el reinado de Dios comience a aparecer de una manera visible hasta que, por fascinación y atracción, las personas y los pueblos vayan viniendo a ella y se sientan también invitados a transformar sus estructuras opresoras y excluyentes, que han provocado tanta conmoción y desesperanza a los hombres y mujeres de hoy.

Jesús, el «hombre-para-los-demás», sigue siendo para nosotros hoy el modelo a vivir y a proponer, más que por las palabras, por el testimonio de vida comunitaria y fraterna, no sólo para el bienestar de quienes integran estas comunidades, sino precisamente como comunidades abiertas y solidarias con las víctimas del sistema imperante que sacrifica y ofende la vida y la dignidad de tantos hombres y mujeres en el mundo, en América Latina y en nuestro país.

Por esta razón, los privilegiados de esta Iglesia así constituida tendrán que ser real y eficazmente los pobres y excluidos, tanto los pobres que como creyentes acoge en su seno, como en general todos los pobres y excluidos, cualquiera sea su condición religiosa. Lo expresa el Papa Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Ecclesia in America*: «La Iglesia ha de estar atenta al clamor de los más necesitados. Escuchando su voz, «la Iglesia debe vivir con los pobres y participar de sus dolores. [...] Debe finalmente testificar por su estilo de vida que sus prioridades, sus palabras y sus acciones, y ella misma, está en comunión y solidaridad con ellos»¹⁹. En la Iglesia, en cada comunidad cristiana, ellos, los pobres, deberán sentirse, -me apropio de las palabras del mismo Papa Juan Pablo II en la carta apostólica *Novo millennio*

¹⁸ Lo pedimos en la plegaria Eucarística: «Qué tu Iglesia Señor sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella, un motivo para seguir esperando» (Plegaria Eucarística IV, D).

¹⁹ JUAN PABLO II. Exhortación apostólica *Ecclesia in America*, n. 58.

ineunte-, como «en su casa», y como se pregunta el mismo Papa: ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino?»²⁰.

La labor misionera de la Iglesia, vista entonces desde esta perspectiva, consistirá en construir comunidades con este talante, y ello será evangelizador por sí mismo, porque los hombres y mujeres encontrarán realizados en ella sus sueños más queridos de comunión, solidaridad y hermandad, reavivando en ellos, al mismo tiempo, la esperanza de rehacerse como personas y de rehacer el mundo en su entramado social, económico, político y cultural. Y esto hay que hacerlo con la profunda convicción de que «no se puede predicar a otros la conversión social si no se vive en una comunidad que tome en serio la nueva sociedad del Reino de Dios»²¹.

Hay que advertir que no se puede entender inadecuada o equívocamente la alternatividad eclesial a la que nos referimos. La Iglesia o las comunidades cristianas no pretenden suplantar al mundo. En realidad lo que se plantea, es ofrecer un nuevo tipo de sociedad que se opone al orden establecido. Se trata de organizar una comunidad fraterna, una comunidad de personas en las que los valores que se imponen y los modelos de relación que se establecen sean el trastorno más radical de los valores y modelos de relación que existen en el mundo. No se trata de mejorar algo ya existente dentro del orden establecido, sino de ofrecer algo diferente, contracultural, novedoso y radical frente al estilo de vida actual: los valores del Reino expresados a todo lo ancho y largo del Evangelio²². Esto no significa, tampoco, que la Iglesia constituida de la manera que lo hemos señalado, pueda vivir como en un gueto. La Iglesia es, ante todo, una comunidad que debe anticipar históricamente la vocación de toda la sociedad, cuando lo hace es luz entre los pueblos, cuando no, «*el nombre de Dios, por su causa, es blasfemado entre las naciones*» (cf. Rm 2, 24; Is 52, 5; Ez 36, 20-22)²³.

La presencia de una Iglesia así, siguiendo visiblemente el modelo comunal, en medio de la actual situación del mundo y, en particular de América Latina y de nuestro país, en donde se ha impuesto el imperio de la violencia, la economía de mercado y el flujo de capitales, con la gran cantidad de vidas humanas sacrificadas que esto supone y la conmoción y desesperanza que provoca, abrirá un espacio de esperanza que, a su vez, se convertirá en un rico testimonio para la sociedad en

²⁰ JUAN PABLO II. Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, n. 50. El número 49 de esta carta apostólica del Papa Juan Pablo II señala como la Iglesia de cara al nuevo siglo y al nuevo milenio hace la opción por los pobres por razones cristológicas y teológicas muy profundas.

²¹ LOHFINK, G. *o. c.*, 150.

²² Cf. CASTILLO, JOSÉ MARÍA. *La alternativa cristiana*, Sígueme, Salamanca 1978, 50.

²³ Cf. AGUIRRE, RAFAEL. *La mesa compartida. Estudios del Nuevo Testamento desde las ciencias sociales*, Sal Térrea, Santander 1994, 162-163.

general, que de alguna manera se sentirá invitada a construirse según este comunitarismo fraterno. En este punto se encontrarían el testimonio eclesial y la tradición cultural de nuestro pueblo que lleva en la sangre el sentido de lo igualitario como perspectiva de vida, pues es innegable que, en los últimos tiempos, los más pobres vienen haciendo esfuerzos de solidaridad comunitaria en todos los niveles, creando diversas formas de comunitarismo, asociación y autogestión, que van ocupando distintos sectores de su vida.

De fondo, se encuentra, en todo lo que hemos dicho, la necesidad de que la Iglesia, por fidelidad a Dios y a la razón misma de su existencia, y de cara a los desafíos concretos de los hombres y mujeres de estos comienzos de siglo y de milenio, llegue a convertirse en «una Iglesia para vivir»²⁴, en una auténtica «casa y escuela de la comunión»²⁵. Así, y sólo así, ella será una «comunidad de contraste», en donde resplandecerá la gloria del nombre de Dios ante las naciones de la tierra, hoy conducidas por estructuras injustas de dominio social, político, económico y cultural. La sola presencia de una Iglesia así será evangelizadora en medio del mundo. Más aún, esta será la única forma de hacer hoy una Iglesia real y verdaderamente creíble, capaz de presentarse ante el mundo como un espacio de esperanza, un lugar en donde los hombres y mujeres encuentren el ambiente decididamente cálido y fraterno, sin violencias ni discriminaciones, en donde todo se comparte y nadie pasa necesidad, para recuperar y rehacer allí sus esperanzas deshechas. Pero es ésta una tarea que va más allá del discurso y de las palabras y que sólo la praxis puede conseguir²⁶.

²⁴ La expresión es original de DIANICH, SEVERINO, en *Una Chiesa per vivere*, Torino 1990.

²⁵ Tomamos la expresión de la Carta Apostólica del Papa JUAN PABLO II. *Novo Millennio Ineunte*, n. 43. Consideramos que esta expresión responde adecuadamente, a lo que Jesús quería que fuera la Iglesia: un pueblo, que fuera para el mundo «la casa y la escuela de la comunión».

²⁶ Es preciso, hacer una aclaración: cuando hablamos de una Iglesia con las características que enunciamos, no estamos hablando de una Iglesia de «puros», o de una élite muy bien equipada moralmente. Hacemos nuestras, en este punto, las palabras de Gerhard Lohfink: Lo que hace de la Iglesia la «sociedad de contraste» divina no es una santidad conseguida por sus propios medios, con sus esfuerzos y buenos comportamientos morales, sino por la acción redentora de Dios que justifica a los impíos. No se está pensando en una iglesia libre de culpa, sino en una iglesia en la que la culpa perdonada es fuente de esperanza infinita. No se está pensando en una iglesia libre de divisiones, sino en una iglesia que encuentra la reconciliación más allá de todas las trincheras. No pensamos en una iglesia libre de conflictos, sino en una iglesia en la que se viven los conflictos de manera distinta al resto de la sociedad. No nos referimos a una iglesia donde no hay cruz ni historia alguna de dolor. Por el contrario, estamos pensando en una iglesia que puede celebrar constantemente la Pascua porque muere en Cristo, pero también resucita con él. (cf. LOHFINK, G. o. c., 158).

IV. ANTE UN MUNDO EXCLUYENTE E INSOLIDARIO, UNA IGLESIA INCLUYENTE Y SOLIDARIA, «CASA Y ESCUELA DE LA COMUNIÓN»

El Papa Juan Pablo II, en el n. 43 de la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, nos invita a poner la mirada en una tarea que la Iglesia debe realizar de cara al tercer milenio. Dice el Papa: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo». Este texto expresa el fundamento de lo que es y debe ser siempre primero en la Iglesia: la comunión. Y esto, según el Papa, por una doble razón: una teológica: corresponde al designio de Dios, y otra pastoral: para responder a las profundas esperanzas del mundo.

El deseo del Papa de que la Iglesia llegue a ser «la casa y la escuela de la comunión», con el significado y las consecuencias que ello implica, nos parece que recoge, de una manera sugestiva para el hombre de hoy, aquello que desde el Antiguo testamento quiso Dios que llegase a hacer el pueblo de Israel y lo que, luego Jesús, y con él las comunidades primitivas y la Iglesia de los primeros siglos, pretendieron al querer convocar un pueblo que llegase a ser, social y visiblemente para el mundo, una «sociedad alternativa» o «de contraste», por sus relaciones de justicia, no violencia y fraternidad comunitaria entre sus miembros. En ese «pueblo», así constituido, todos los pueblos podrían encontrar el paradigma, ya realizado, de las relaciones a seguir en una sociedad.

El Papa solicita, en último término, al igual que ya lo hacía el concilio Vaticano II hace ya cuarenta años, que se recupere la eclesiología comunitaria y de comunión de las primeras comunidades cristianas. Tenemos que reconocer que esta eclesiología responde a lo más genuino y fundamental de lo que la Iglesia es y tiene que ser siempre. Lamentablemente, en el transcurso de la historia y quizás por resaltar otros aspectos, esta eclesiología se fue progresivamente desvaneciendo, y a pesar de su redescubrimiento por el Concilio y los intentos que se han hecho por recuperarla, todavía no lo logramos plenamente, o al menos con igual interés y dedicación en todas partes. Incluso, podríamos decir que muchos de los problemas organizativos e institucionales a los que hoy se enfrenta la Iglesia se deben al oscurecimiento de su condición y práctica comunitaria a lo largo de la historia.

Una de las tareas, entonces, más urgentes a la que está llamada la Iglesia hoy es a recuperar esa dimensión comunitaria, que el Concilio Vaticano II señala como uno de sus elementos definitorios. Según la constitución *Lumen Gentium*, la Iglesia es sacramento de la comunión de los hombres entre sí y con Dios (LG 1), «pueblo constituido para la comunión de vida, de amor y de verdad» (LG 9).

En esta definición conciliar, que considera a la Iglesia como Pueblo de Dios, es necesario precisar que ella es pueblo «de Dios» en cuanto, por una parte, es

convocada por iniciativa divina y, por otra, en cuanto manifiesta su ser «*de Dios*» viviendo la comunión de vida, de amor y de verdad entre sus miembros y de éstos con Dios, para que así aparezca ante el mundo como un pueblo en comunión, es decir, como «pueblo *de Dios*».

Esta comunión, sugiere el Papa en el documento ya aludido, viene fundamentada y antecedida por una espiritualidad de comunión; espiritualidad capaz de hacer que las estructuras que la hacen y la expresan sean realmente canales de comunión viva y eficaz. Dice el Papa en el mismo numeral 43:

«Hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades.

- Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.
- Espiritualidad de la comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sus sufrimientos, para intuir sus deseos y atender a sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.
- Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios: un «don para mí», además de ser un don para el hermano que lo ha recibido directamente.
- En fin, espiritualidad de la comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando mutuamente la carga de los otros (cf. Ga 6,2) y rechazando las tentaciones egoístas que continuamente nos asechan y engendran competitividad, ganas de hacer carrera, desconfianza y envidias.

Y agrega el Papa: No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento».

Bajo la luz de esta espiritualidad, que es el alma y el corazón de la comunión, magistralmente descrita por el Papa, se sigue, entonces, la tarea de transformar la Iglesia, en sus instituciones, organizaciones y estructuras, para adaptarlas a este modelo de comunión. Colocarse en una praxis que vaya en esta dirección tiene importantes consecuencias para la doctrina eclesiológica en general y para la praxis eclesial, en concreto. Veamos:

- Hay que respetar la escala de valores en lo referente a la interioridad-exterioridad en la Iglesia. Si lo primero es la comunión, entonces lo estructural y organizativo es lo segundo, y sólo tiene sentido si está en función de lo primero. Todo en la Iglesia es para la comunión y debe tender a la comunión.
- Rescatar el comunitario pueblo de Dios significa, entonces, recobrar el binomio «comunidad-pluralidad de carismas y ministerios», que sustituye el dualismo «clero-laicos», que desde hace rato se viene dando en la Iglesia.
- Toda la rica ministerialidad eclesial que se recupera debe tender a que todos participen en la tarea eclesial con miras a realizar la comunión y, también, la misión evangelizadora en el mundo.
- El proceso de recuperación de los laicos y la potencialización de la comunitariedad en los distintos ámbitos de la Iglesia está en contra del modelo de una iglesia de masas, pues la realidad de la comunión es siempre menor mientras mayor es su medida cuantitativa, y viceversa, mientras menor es la experiencia comunitaria a nivel cuantitativo, tanto mayor es su realidad profunda.
- urge, por tanto, potenciar cada día más las estructuras de participación y comunión a todos los niveles eclesiales: en perspectiva universal (el Papa y los obispos, la iglesia de Roma y las Iglesias nacionales, el primado de Pedro y los patriarcados), en perspectiva local (el obispo con su presbiterio, la Iglesia particular con las vecinas, el obispo dentro de la conferencia episcopal), en perspectiva parroquial (la comunidad con pluralidad de ministros y carismas, el presbítero y el consejo parroquial, la parroquia como comunidad de comunidades y movimientos).

La realización de este modelo eclesiológico, pueblo de Dios en comunión, se constituye entonces en el gran reto del nuevo siglo que recién comenzamos, pues consideramos que este modelo no es algo meramente epocal, sino que, como dice el Papa en el documento citado, él responde mejor al genuino querer de Dios, y es, al mismo tiempo, la mejor respuesta que la Iglesia puede ofrecer a las esperanzas del mundo de hoy. Nos preguntamos, entonces, en concreto: ¿hacia dónde debe estar orientada la praxis para que la Iglesia se construya a sí misma, de una manera social y visible, como «la casa y la escuela de la comunión», de tal manera que llegue a convertirse en un auténtico espacio de esperanza, que permita a los hombres y mujeres de hoy rehacer sus esperanzas en medio de un mundo de violencia, exclusión, discriminación y muerte?.

A continuación señalamos algunas tareas –conscientes de que son sólo algunas–, que indican aspectos a tener en cuenta cuando se quiere alcanzar la perspectiva que hemos señalado. Estamos convencidos que de la vitalidad para realizarlas dependerá en gran medida el futuro de la Iglesia en el siglo XXI y en el tercer milenio.

Cabe advertir, que los elementos y aspectos que indicaremos ponen el acento en la Iglesia como tal, en su vida, en su organización, en sus estructuras y en su misión en el mundo, pero teniendo siempre presente, aunque no lo hagamos explícito por el enfoque adoptado, que el mensaje que ella anuncia es, todo él, por su misma naturaleza, un mensaje cargado de esperanza y, más aún, que en él la esperanza tiene nombre propio: Cristo Jesús (cf. I Tim I, I). La perspectiva de nuestras reflexiones apunta, más bien, a que la Iglesia se construya y realice como Iglesia y, precisamente en cuanto tal, sea testimonio vivo de la esperanza que anuncia.

La comunión a nivel intraeclesial

1. Ante los anhelos de los hombres y mujeres de hoy, que se encuentran solos, desamparados y hasta aniquilados, que desean ser albergados en el seno de la Iglesia, de una manera más personal, para reconstituir allí su ser consumido por la pobreza y por tantas y tan diversas situaciones de exclusión, de violencia y de muerte, queda la Iglesia colocada ante el desafío de construir verdaderas comunidades, que sean tan vivas y dinámicas, que en ellas, a través de su capacidad de acoger a todos, se haga posible y de un modo real la experiencia de la ternura misericordiosa del Dios revelado en Jesucristo.

Estas comunidades están colocadas ante la tarea de buscar estilos originales de vivenciar la comunión, y hacerla visible de una manera tan real y efectiva, que en ella se podría rehacer el sujeto personal, con la clara convicción de que la restauración de lo político pasa primero por la reconstrucción personal de los sujetos para que, una vez reestablecidos, puedan hacerse cargo de la realidad y ser capaces de decisiones éticas en y para el provecho de la sociedad y no, como se viene haciendo, para el provecho personal.

2. La necesidad de una verdadera participación eclesial, exigencia de la misma comunión, reclama la tarea de trabajar, cada día más, por la recuperación del sacerdocio común de los fieles, hasta lograr que los laicos, -con especial atención las mujeres- en su rica diversidad carismática, lleguen a ser los protagonistas tanto de la renovación de la Iglesia como de la misión evangelizadora, con la clara conciencia de que gran parte de la responsabilidad del futuro de la Iglesia recae sobre ellos²⁷. Se trata de un protagonismo libre de todo clericalismo y que no reduzca su acción al ámbito intraeclesial²⁸. La mayor participación eclesial de los laicos solicitará, a su vez:

²⁷ Cf. JUAN PABLO II. Exhortación apostólica *Ecclesia in America*, n. 44.

²⁸ Cf. Documento de Santo Domingo nn. 96-98.

- renovar cualitativamente la presencia y acción de los ministros ordenados en la Iglesia.
 - Instaurar, reconocer e instituir los ministerios conferidos a los fieles que la comunidad necesite, de acuerdo a la amplia gama de carismas personales.
 - Fomentar y animar la incursión del laico en la sociedad para que la transforme según el querer de Dios, con la clara conciencia de que este es su campo específico de realización cristiana.
 - Reconocer y asumir la capacidad que tienen los laicos, hombre y mujer, de participar y colaborar en la toma de decisiones en la vida eclesial.
 - Facilitar una mayor entrada participativa del laico, hombre y mujer, en la elaboración del conocimiento y del discurso teológico.
3. Con relación a la multiculturalidad presente en el mundo, en el Continente latinoamericano y también en nuestro país, le toca a la Iglesia, que ha sido básicamente monocultural en su organización, en su estructura ministerial, en su expresión litúrgica y en su tradición teológica, responder a los desafíos que le plantea el reconocimiento de la pluralidad cultural, para adquirir los rostros propios de cada cultura, haciendo posible y real la identidad multicultural del cristianismo. Se trata del logro de la comunión eclesial en lo diverso y de lo diverso.

Desde esta perspectiva, el modelo eclesial de comunión aparece como la mejor respuesta a la globalización actual del mundo, ya que permite la vivencia de una Iglesia única y católica, pero diferenciada e inculturada en distintas sociedades y culturas. La uniformidad deja paso aquí a la comunión en las diferencias, lo cual posibilita la expresión y aceptación de una identidad multicultural del cristianismo con modelos distintos de ministerios, de celebración litúrgica, de derecho canónico, de teología. Sólo una Iglesia capaz de recoger y albergar en su seno la variedad de pueblos de la humanidad, facilitará la realización de una unidad plural de culturas y de una comunión pluricultural que, a su vez, puede convertirse en un posible modelo referencial de unidad para el mundo de hoy.

En el caso concreto de nuestro país, pensamos que hace falta todavía prestar una atención eclesial suficiente a la cuestión indígena y afrocolombiana. Es ésta una asignatura todavía pendiente, pues Colombia, además de ser una realidad mestiza, culturalmente hablando, lo es también indígena y afrocolombiana en su identidad primera y original más profunda. El reconocimiento de este dato se convierte en una solicitud para que la Iglesia un día llegue a tener los rostros de esas culturas: una Iglesia con rostro indígena, que reconoce y promueve sus valores culturales; que acompaña su reflexión teológica; que aprecia sus símbolos, ritos y expresiones religiosas como lugar para inculturar la liturgia; que valora su cosmovisión y sabiduría para integrarla en la acción evangelizadora; que los constituye a ellos en sujetos de su propia evangelización; que promueve y fomenta ministros ordenados autóctonos y les confía ministerios especiales; que valora y

aprecia su palabra y se esfuerza por conocer sus propias lenguas²⁹. Una Iglesia, también, con rostro afrocolombiano, que favorece sus propias expresiones religiosas; que participa de sus sufrimientos y los acompaña en sus legítimas aspiraciones de una vida más justa y digna; que los apoya en la defensa de su identidad y en el reconocimiento de sus propios valores; que les ayuda a mantener vivos sus usos y costumbres³⁰.

Además de las dos culturas mencionadas, hay que recordar la cultura mestiza, la cultura urbano-moderna, y la cultura de la llamada postmodernidad. En cada una de estas culturas hay una tarea importante que realizar a nivel de la inculturación eclesial. Una Iglesia con rostro mestizo, que adopta sus formas, signos y acciones propias, entre las que se destaca, la religiosidad popular con su sabiduría, su peculiar devoción mariana, sus peregrinaciones y sus fiestas religiosas³¹. Una Iglesia con rostro urbano-moderno en su liturgia, catequesis y organización, que reprograma sus servicios y estructuras con criterios de apertura, flexibilidad y conciencia misionera; que se preocupa por el diálogo entre fe y ciencia, fe y expresiones, fe e instituciones, que son grandes ámbitos de esta cultura; que promueve y forma al laicado para ejercer en el mundo moderno su triple función; que sabe captar el lenguaje y los símbolos propios de la ciudad; que respeta y asume diferenciadamente los diversos espacios, funciones, ambientes y grupos propios de la ciudad; que multiplica las pequeñas comunidades, los grupos, los movimientos; que incentiva la evangelización de los grupos de influencia y de los responsables de la ciudad³². Una Iglesia, finalmente, también atenta a los retos que le plantea el hombre postmoderno, buscando respuestas para sus inquietudes³³.

4. El reconocimiento de la pluralidad religiosa, en medio de la cual vivimos hoy, reclama la necesidad de instaurar un nuevo diálogo y encuentro de comunión ecuménica de las iglesias cristianas entre sí, y de éstas con las grandes tradiciones religiosas. Este nuevo diálogo debe ser fruto de un real y profundo interés por conocer y respetar la verdad del «otro», lo que permitirá, a nivel de iglesias cristianas, plantear la posibilidad de la realización de una vivencia común cristiana y, a nivel del encuentro con las grandes tradiciones religiosas, el conocimiento del Dios presente en cada una de ellas, valorando y apreciando el camino propio que cada una tiene para llegar a él, lo que, a su vez, podría ocasionar el surgimiento

²⁹ Cf. Documento de Santo Domingo, n. 248; Mensaje del Papa Juan Pablo II a los indígenas nn. 1-6.

³⁰ Cf. Documento de Santo Domingo, n. 249; Mensaje del Papa Juan Pablo II a los afroamericanos nn. 1-5.

³¹ Cf. Documento de Santo Domingo, n. 36 y 53.

³² Cf. Documento de Santo Domingo, nn. 256-261.

³³ Cf. Documento de Santo Domingo, nn. 252-253.

de una iglesia universal, con una identidad de comunión ecuménica e interreligiosa, lo que también, a su vez, reclamaría, la elaboración de una auténtica teología del pluralismo religioso³⁴.

Podría existir el temor de que esta nueva actitud fuera una invitación a la disolución de la identidad cristiana, al relativismo o al romanticismo religioso, que absolutiza al «otro» y lo «del otro» por el simple hecho de ser del otro, pero no se trata de eso, sino más bien, de andar por los caminos del universalismo, desde la valoración de las riquezas contenidas en la propia identidad y particularidad religiosa, desprovistos de una visión demasiado estrecha de la propia iglesia y de la propia religión, que permita descubrir y reconocer al otro y la necesidad que se tiene de él para poder mirar el mundo y construir la historia desde el universo del pluralismo ecuménico. Sólo de esta manera se podrá aportar lo propio y específico dentro del concierto del pluralismo social, económico, político, cultural y, precisamente, religioso o ecuménico, que tienda a construir la unidad en lo diverso, resistiendo así a una globalización uniforme y a una nivelación mundial, que trata de imponer una cultura, un solo estilo de vida, y hasta una sola forma de creer.

La comunión a nivel de la misión eclesial

La Iglesia, Pueblo de Dios en comunión, está llamada también a realizar su misión en el mundo por deseo expreso de su fundador. Esta misión la realiza, por una parte, brillando e iluminando con su luz a los pueblos de la tierra y, por otra, llevando a cabo la tarea de la evangelización para así reconstruir la esperanza de cara a una humanidad desesperanzada, sobre todo, entre los más pobres y excluidos de la tierra que ven sus sueños frustrados y que se sienten impotentes ante los poderes de este mundo. Para llevar a cabo esta labor, la Iglesia tiene que hacerse presente en medio del mundo como animadora y colaboradora en algunos proyectos humanos que requieren el aval y el compromiso de todos los hombres de buena voluntad. También le toca a ella responder a algunos desafíos propios que el mundo le plantea. Veamos algunos quehaceres de cara a esta tarea eclesial:

1. La cuestión de las víctimas, marginados, discriminados, pobres y excluidos, con su consiguiente carga de sufrimiento y dolor, producto del sistema socio-económico imperante y de los diversos sistemas políticos en el mundo entero,

³⁴ En este contexto es importante tener en cuenta la notificación de la Congregación para la doctrina de la fe «Dominus Iesus» a propósito de los planteamientos hechos en el libro de Jaques Dupuis sobre este tema. Cf. DUPUIS, J. *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*, Sal Terrae, Santander 2002; DUPUIS, J. *El cristianismo y las religiones. Del desencuentro al diálogo*, Sal Terrae, 2002; GEFFRÉ, C. «Le pluralisme religieux et l'indifférentisme, ou le vrai défi de la théologie chrétienne», en *Revue théologique de Louvain*, n. 31 (2000) 3-32.

exige y reclama una responsabilidad humana común, a la vez que se presenta como un desafío primordial para la Iglesia.

Nuestra Iglesia, que por opción y estilo de vida heredado de su fundador, debe ponerse de parte de las víctimas de la sociedad, está colocada ante el reto de impulsar y animar procesos que conduzcan a la globalización de la solidaridad y la esperanza. Humanizar la globalización y apropiarse de lo mejor de ella para forjar una sociedad y una cultura profundamente comunitaria y solidaria, que no permita que haya más pobres ni excluidos sobre la tierra y que contribuya a la dignificación e igualdad entre todos los hombres, es una de las labores prioritarias hoy en la Iglesia³⁵. A nivel macro, se trata de la búsqueda del establecimiento de la justicia internacional, del aseguramiento del respeto de los derechos humanos, y de una solidaridad comunitaria en y en todo lo humano. Para el logro de este fin es urgente, por una parte, elaborar una reflexión e impulsar una praxis que tenga como punto de partida el valor de la persona humana como principio y fin de toda institución social, y que haga de ella, especialmente de los más pobres, el centro del desarrollo; y, por otra parte, buscar un consenso ético universal en torno a los derechos humanos y al logro de la justicia en favor de los pobres y excluidos.

En este escenario es importante señalar las diversas iniciativas de voluntariado y de alternativas solidarias, como grupos de economía solidaria, organizaciones de trabajadores y empresarios que luchan por la justicia social, expresiones pedagógicas humanizantes y de rescate cultural, instituciones que potencian la organización comunitaria para la satisfacción de necesidades compartidas y comunes, y que buscan animar y fortalecer la organización y protagonismo de los empobrecidos y excluidos, actuando como contrapeso de los poderes políticos y económicos³⁶. En todas estas realidades debe hacer una presencia especial nuestra Iglesia, con la convicción de que todo lo que posibilita hacer al hombre y promoverlo hace parte esencial de su tarea evangelizadora y es, por tanto, una labor eminentemente teológica.

La presencia activa de la Iglesia en todas estas realidades supone, por un lado, una espiritualidad de Solidaridad, como el fruto más maduro de la comunión vivida eclesialmente -comunión para la solidaridad- y, por otro, una pastoral alimentada por la esperanza y generadora de esperanza.

La espiritualidad de la solidaridad tiene su fundamento en el amor misericordioso de Dios por la humanidad, manifestado en los misterios de la creación, de la encarnación y de la pascua. Ella encuentra su urgencia en unas entrañas de

³⁵ Cf. JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica Ecclesia in America*, n. 55.

³⁶ Cf. CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, *Globalización y Nueva evangelización en América Latina y el Caribe. Reflexiones del CELAM 1999-2003*, Bogotá 2003, 22.

misericordia, que sienten en carne propia el dolor del hermano y que impulsan a transformar la sociedad, porque postula un mundo con sabor a Reino de Dios³⁷.

Una pastoral alimentada por la esperanza, tiene su fundamento en la confianza en el Espíritu del Señor que, como artífice de la esperanza, despliega este don en la comunidad creyente. Y es generadora de esperanza, en cuanto empuja a los creyentes a luchar contra toda forma de exclusión, a liberar de los miedos que esclavizan, y a romper las cadenas de la pobreza y la marginación, creando condiciones de promoción personal y colectiva³⁸.

A nivel micro, en este campo de los marginados y excluidos, hay que poner la atención, de una manera especial, sobre los hombres y mujeres «de la calle», aquello que se ha llamado «marginación residual»: prostitutas, mendigos, pordioseros, indigentes, desempleados permanentes, endeudados vitalicios, gentes perdidas en los basureros de las ciudades, alcohólicos, drogadictos, extranjeros ilegales, personas contagiadas por enfermedades de transmisión sexual, enfermos mentales, que vagan sin dirección ni sentido alguno por nuestras ciudades...en fin, los «nadies», toda esa gente que no tiene grandes historias de opresión que contar, pero sí pequeños relatos de sus sinsabores y desgracias cotidianas. Esas personas, que tienen formas tan frágiles de relacionarse, de amar y de esperar, viven sumidas en una atmósfera de desesperanza, de tristeza y de fatalismo, y aún, desde el punto de vista religioso, ellos mismos se autoperiben como olvidados de Dios, sin vínculos con ningún tipo de institución religiosa y, menos todavía, con alguna norma eclesial. Entre ellos, algunos ya ni creyentes son. A esas personas, se les ha llegado a llamar, indignamente, bajo el apelativo de «desechables». Es éste un desafío muy importante para una Iglesia que quiere hacerse «la casa y la escuela de la comunión». Toda esa gente está llamada, como diría el Papa Juan Pablo II, a sentirse en la Iglesia, «como en su casa»³⁹.

En este caso la tarea eclesial no es ya sólo la de sugerir, animar, indicar, o la de pretender quitar el sufrimiento asistencialmente sin acercarse al dolor de toda esa gente. Aquí la tarea adquiere una connotación especial: hacer la experiencia de una solidaridad real y efectiva, nacida de sentir en la entrañas el dolor de los excluidos, experiencia que lleva a meterse en estas situaciones y con esas personas de una manera directa, para «remediar» en ellos lo humano que esté desfigurado, realizando con los mismos una pastoral «inclusiva», que combate toda forma de exclusión social, económica, y hasta religiosa. En este último aspecto, si la tarea de hacer la comunión con todos y entre todos exige que de ella no se excluya a nadie y que todos se sientan como en su casa, entonces, quedan todavía algunas cuestiones pendientes

³⁷ Cf. *Ibid.*, 187-188.

³⁸ Cf. *Ibid.*, 220.

³⁹ Cf. JUAN PABLO II. *Carta apostólica Novo Millennio Ineunte*, n. 50.

para repensar teológicamente en nuestra práctica pastoral, y aún sacramental, de la que muchos, por muy diversas razones, se ven hoy de hecho excluidos.

Todo lo anterior nos coloca ante la urgencia de hacer una reflexión y de elaborar una «teología de la inclusión»⁴⁰ que, basada en la praxis incluyente de Jesús, sustente la mencionada pastoral «inclusiva» y lleve a globalizar la esperanza entre la gente que padece el dolor de la exclusión social. El modelo de este tipo de pastoral y de teología es siempre la persona histórica de Jesús: su contacto con los llamados pecadores, hecho no desde el poder sino desde el servicio compasivo, las comidas con ellos, las curaciones de enfermos y la expulsión de demonios, son signos precisamente de la llegada del reino, que dinamita cualquier tipo de exclusión social y que muestran que Dios, en Jesús, ha asumido la humanidad desde el dolor, el sufrimiento y la exclusión.

Una teología hecha desde esta perspectiva permitirá devolver la palabra a los excluidos del «cuarto mundo», una palabra dolorosa, que para nosotros se convierte ya en una queja y en un clamor por el dolor a ellos infligido. Es ésta una teología que, contemplando el misterio de la cruz, auspicia, desde la experiencia de la resurrección, la esperanza en el cumplimiento de la promesa en ella contenida para los excluidos del cuarto mundo. Es también ésta una teología que, desde la opción preferencial de Dios por los últimos, se alimenta de la praxis pastoral de una iglesia que planta su morada en el mismo espacio físico de las penurias y sinsabores causados por la marginación y la exclusión, para compartir comunionalmente el lenguaje del sufrimiento y la esperanza, y los valores de la sensibilidad, la austeridad, la gratuidad y la ascesis, frente a un sistema que pretende embotar la sensibilidad, para que las dinámicas de la pobreza y la exclusión sean justificadas como meros daños colaterales, residuales e inevitables de los, así llamados, muchos beneficios del mercado.

Pero en este punto hay algo más. La Iglesia, que en muchos ambientes era reconocida como una institución poderosa e influyente, comienza ahora a ser también excluida, ignorada y no tenida en cuenta en ninguno de los centros de poder y de decisión. Asumir con toda seriedad y responsabilidad este dato nos exige a todos un cambio de mentalidad y de actitud, pues conscientes de que vamos constituyéndonos en una minoría, y en una minoría marginal, nos toca plantar nuestra tienda lejos de los palacios del poder, del tener y del consumo, para asentarla en medio del grito adolorido de los excluidos, y desde una vida ascética y austera, construir comunidades eclesiales que se conviertan en verdaderos movimientos de «globalización inclusiva», en donde los excluidos, por la búsqueda apasionada que hacemos de ellos, puedan sentirse «como en su casa», permitiéndoles así, rehacer sus esperanzas y sus vidas.

⁴⁰ Sobre este tema es interesante ver: LAGUNA, JOSÉ. «¿De la liberación a la inclusión? Qué teología para el 4º mundo», *Cuadernos Cristianismo y Justicia*, n. 127 (septiembre 2004).

Digamos, pues, para concluir este aspecto, que una teología y una pastoral de la inclusión, no son más que la expresión viva de una Iglesia «inclusiva», es decir, de una Iglesia que verdaderamente busca la comunión solidaria con los preferidos del Dios que, desde sus promesas, todavía puede hacer soñar y rebosar de esperanza el mundo de los excluidos.

2. Relacionado de alguna manera con el tema precedente, se encuentra también la cuestión en torno a los deseos de libertad, que expresan y solicitan hoy todos los hombres y mujeres a nivel universal.

La defensa de la libertad es una exigencia para la Iglesia, y seguro que también para las religiones, como espacios y promotoras «de y para la libertad». Es ésta una tarea que llama a hacer un correcto discernimiento y crítica de las búsquedas de libertad de los hombres y mujeres de hoy; discernimiento que posibilitará a la Iglesia colaborar en la superación de las perversiones de la libertad –despotismo, anarquía o indiferencia- en las que ha caído hoy el mundo y, por otra, acompañar e iluminar la reflexión y la praxis de todos aquellos esfuerzos y búsquedas de libertad en cualquiera de las dimensiones de la existencia humana. En este sentido, nuestra Iglesia debe comprometerse de lleno en la defensa y promoción de las diversas libertades a las que tiene derecho todo hombre y mujer de este mundo: libertad de religión, libertad de fe, libertad de conciencia, libertad de asociación, libertad de expresión...

Desde esta perspectiva, en un mundo donde soterradamente se quita todo espacio de libertad, para sacrificarla al imperio del mercado y el consumo, sólo una Iglesia libre y promotora de una religión de la libertad, será capaz de devolverle a los hombres y mujeres de hoy la posibilidad de encontrar un espacio que, a la vez que se deja soñar, es capaz de hacer soñar, poblando de esperanzas e ilusiones de libertad el árido desierto del sometimiento a un modelo cultural, a un estilo de vida, a una forma de pensar, de actuar, de opinar y de expresarse, que se le quiere imponer con la pretensión de invadirle hasta su propia conciencia.

3. El momento dramático, unido a un cierto sentimiento de impotencia frente al actual problema ecológico, desatado por la ciencia, la técnica y la industria, ha hecho tomar conciencia de la posibilidad de una hecatombe mundial e, incluso, universal. Esta situación reclama la responsabilidad de todos en el común destino de la humanidad. El respeto religioso por la naturaleza, al igual que por el hombre, reta al cristianismo y a las religiones tradicionales a promover unas relaciones de justicia y de paz, que a la vez salvaguarden toda la creación.

Es aquí donde de nuevo se apela a un ecumenismo que sepa ir más allá de las bien intencionadas invitaciones morales y que sea capaz de reformular las relaciones de Dios con su creación, y las del hombre con la misma no como dominador, sino como servidor y solidario con todo lo creado. Se trata de la posibilidad de elaborar

una visión que vislumbre con profundidad la presencia de Dios en la naturaleza y la naturaleza *en y desde* Dios, favoreciendo una nueva experiencia religiosa, del hombre y de la naturaleza, y dando un sólido fundamento a una «ecoteología universal».

Lo anterior, constituye un desafío para que nuestra Iglesia, como pueblo de Dios en comunión, entre también en la dinámica de la comunión con todo lo creado, haciéndose líder en programas en defensa de la vida, en todas sus formas y en todos sus momentos, para así dar respuesta al desafío de un mundo depredado y agotado en sus recursos y que reclama de todos una solidaridad con las generaciones futuras que, de un momento a otro, pueden encontrarse con un mundo sin recursos para vivir.

4. De cara al conflicto armado y al clima de violencia que vive el país, es importante que se llegue a identificar a nuestra Iglesia como una comunidad que, tanto en su interior como hacia fuera, fomenta la relación y el diálogo entre los diversos y, aún, entre los contrarios; que se nos descubra como el espacio de la fraternidad y de la paz, que se nos señale como los más comprometidos en las causas más nobles que han brotado del espíritu humano, y que se nos encuentre servidores permanentes que llevan adelante dichas causas⁴¹. De esta manera, la Iglesia en nuestro país, quedará colocada como modelo testimonial y fermento creíble de lo que anuncia. En ella todos podrán encontrar realizado aquello que responde a los deseos de su fundador, y que coincide con nuestros mejores sueños, ilusiones y esperanzas: un recinto de paz, donde las diferencias no nos hacen enemigos ni los conflictos nos hacen romper la hermandad. Ella podrá, así, ser un vehículo permanente e instrumento dialogal de paz, a través de la cual los «enemigos» y contrarios de nuestra sociedad podrán encontrarse e iniciar un camino de reconciliación, que traiga para todos la soñada y esquiva paz que tan largamente hemos esperado.

5. Ciertamente que no es fácil escuchar, identificar y encontrar respuestas a las preguntas de nuestra época. Para hacerlo se necesita una especial sensibilidad y una conciencia viva que permita escuchar los gritos de la historia y, a través de ellos, las interpelaciones de Dios. Es esto lo que se ha denominado «los signos de los tiempos». Nuestra Iglesia tiene que seguir siendo maestra en el arte de escutar, discernir e interpretar estos signos, convirtiendo de este modo la historia en un auténtico lugar teológico, lo que, a su vez, permite comprender mejor la Revelación recibida en plenitud, pero todavía no totalmente explicitada.

Consideramos que esta es, finalmente, la manera como nuestra Iglesia, pueblo de Dios en comunión, y de cara a un mundo que se presenta con las características enunciadas, nunca dejará de ser un espacio de Esperanza y testigo de la misma entre los hombres y mujeres de hoy, pues la lectura de los signos de los tiempos le

⁴¹ Cf. CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO, *o. c.*, 183-184.

permite a la Iglesia hacerse cada día de cara a la realidad, a la vez que le facilita ir más allá de los márgenes de lo considerado explícitamente como cristiano y del mero marco institucional eclesial para discernir la presencia de Dios en todo lo humano y en todas las gestiones que los hombres realizan para construir su historia. Esto hace de la Iglesia una comunidad eminentemente profética, capaz de anunciar con valentía la Buena Nueva del Evangelio en cada situación, capacitándola, simultáneamente, para denunciar con libertad todo lo que contradice el proyecto de Dios en el mundo.

6. Para terminar, por su especial significación y alcance para el tema que nos ocupa, quiero llamar la atención sobre dos realidades importantes en nuestra Iglesia colombiana, que van haciendo de ella un verdadero signo y oasis de esperanza para nuestro pueblo:

Por una parte, nuestra Iglesia, se ha constituido en una instancia que goza de una credibilidad importante en nuestro país. Es éste un elemento muy valioso cuando de hablar de la esperanza se trata, pues mucha gente sencilla y creyente de nuestro pueblo ve en ella el único lugar de confianza y la única fuente de donde puede provenir la defensa de sus derechos y la realización de sus esperanzas. Y nuestra gente tiene razón para ello, pues es innegable que desde hace ya un buen rato la Iglesia en nuestro país ha estado presente acompañando muy de cerca a nuestro pueblo en las dificultades diarias que el conflicto armado y la violencia de cada día les impone. Cuántos laicos muy comprometidos con su vida cristiana, cuantos sacerdotes, religiosos y religiosas, y cuántos obispos, han sabido jugársela, hasta poner su propia vida en peligro, en la lucha por la justicia y la paz.

En este contexto hay que hacer notar también el significativo rol que la Iglesia ha desempeñado, a través de sus obispos y sacerdotes, -una tarea silenciosa y muchas veces incomprendida por unos y otros-, en la búsqueda de la reconciliación y la paz, unas veces ofreciendo sus servicios para el diálogo y, otras, a través de tantas campañas, jornadas de oración, trabajos de reflexión y toma de conciencia, peregrinaciones, vía crucis por todo el país...

Paralelo a lo anterior, cuántas muertes se han podido evitar, gracias a los buenos oficios de sacerdotes y obispos de nuestra Iglesia, que van hasta los lugares, -en el campo, en la selva, y en las ciudades-, en donde se encuentran los distintos grupos armados que se enfrentan violentamente en nuestro país, para hablar personalmente con ellos y solicitarles el respeto a la vida y dignidad de tantas personas amenazadas, desplazadas, secuestradas o condenadas a muerte. E, incluso, muchas veces, las víctimas de la violencia sólo han encontrado apoyo en nuestros pastores y en los programas nacionales y diocesanos de ayuda a los damnificados.

Por otra parte, desde hace ya casi dos décadas, se han ido implementando, en ya un considerable número de Iglesias particulares de nuestro país, proyectos diocesanos de renovación eclesial y de evangelización. Cuando se revisa la imagen

de Iglesia presente en esos proyectos y el estilo de práctica pastoral que suscitan, es posible encontrar en ellos una marcada eclesiología de comunión, a la vez que desarrolla y hace operativos los contenidos de dicha eclesiología. Es éste un elemento que nos abre a la esperanza de una Iglesia y de una evangelización cada vez más renovada, acorde tanto con las líneas de una eclesiología de comunión como con el proyecto de una nueva evangelización.

Éstos, y otros tantos esfuerzos que se hacen, y conscientes de que todavía faltan muchas tareas por realizar en la línea que hemos presentado a lo largo de nuestra exposición, irán convirtiendo a la Iglesia colombiana en un verdadero signo de esperanza, en cuanto ella, por la calidad de sus comunidades, por su compromiso evangelizador, por su empeño en la búsqueda de la paz, y por su predilección por los excluidos y las víctimas de la violencia, llegará a ser espacio, a la vez que testigo de la esperanza, para tantos hombres y mujeres que en nuestro pueblo no ven, la mayoría de las veces, ninguna luz en el camino ni encuentran en otras instancias motivos que los impulsen a seguir esperando.

CONCLUSIÓN

Hemos esbozado unas tareas, las que hemos descubierto como más urgentes, con la convicción de que otras no las vemos o se nos escapan, para que la Iglesia de cara al siglo XXI y a los desafíos que le plantea el mundo, el continente latinoamericano y nuestro país, llegue a convertirse realmente en una «Iglesia para vivir», «casa y escuela de comunión» y aparezca así, ante los hombres y mujeres de hoy, como una «sociedad de contraste», que sea testimonio y signo anticipador, no sólo por las palabras, sino por su estilo de vida comunitario y fraterno, y por su manera de estar en el mundo y ante el mundo, de la realidad del Reino querido por Dios que ella proclama.

A manera de síntesis mencionamos, una vez más, dichas tareas, explicitando su aporte a la construcción de la esperanza:

- Unas comunidades eclesiales profundamente comunitarias, vivas y dinámicas, que en la experiencia profunda del amor misericordioso del Dios revelado en su hijo Jesucristo, sean capaces de hacernos recuperar la esperanza de conseguir hombres y mujeres reconciliados con Dios y consigo mismos, contribuyendo así a la reconstrucción personal de los sujetos que, una vez sanos, puedan ser ya capaces de un compromiso social serio, con miras a hacer que el Reino de Dios resplandezca en las estructuras políticas, sociales y económicas, que hoy están produciendo exclusión y pobreza.
- Unas comunidades eclesiales en donde todos encuentran un espacio de participación efectiva y donde todos los bautizados se hacen sujetos activos y

protagonistas de la tarea evangelizadora, nos permiten ver cumplido el sueño de una Iglesia comunión, toda ella ministerial, fraterna y servidora, que se coloca ante el mundo como sacramento de unidad y salvación.

- En un mundo que se reconoce pluricultural, la creación de una Iglesia capaz de reunir a los diversos pueblos de la tierra, inculturando en ellos su mensaje, sus celebraciones, sus ministerios, su teología, permite ver realizados los anhelos de una comunión plural y pluri-inculturada y de una Iglesia que sabe acoger dentro de ella lo diverso y lo distinto. Esto mismo se constituirá en una crítica, a la vez que en modelo contrastante, de una pretendida globalización homogeneizadora de pueblos y culturas.
- Unido al aspecto anterior, en medio de la pluralidad religiosa y de iglesias que vive el mundo de hoy, una iglesia cada vez más abierta al diálogo y a la búsqueda de la unidad ecuménica, a fomentar la paz entre las religiones y las naciones, a reconocer y acoger la verdad del otro, posibilitará ver realizado el deseo de una iglesia verdaderamente «católica» en su estructura, en sus formas, en su estilo y en su actitud.
- Una Iglesia que, desde su opción por los marginados y excluidos, y por su estilo pobre y sencillo entre ellos, se empeña en impulsar y animar la globalización de la solidaridad y la esperanza, se convierte para el mundo en una instancia que le brinda la confianza de que ella es una comunidad que siempre se pone de parte de los pobres y que, en ella y a través de ella, es posible encontrar un lugar para siempre soñar en un mundo en comunión, sin víctimas ni excluidos de ningún tipo y por ningún motivo.
- Una Iglesia que fomenta la libertad, tanto en su interior como de cara al mundo, que se presenta ante todos como carente de poder y sin ninguna ambición del mismo, podrá ser una palabra autorizada y creíble en la defensa de las distintas libertades humanas contra todo lo que la atropelle, a la vez que puede unirse a los proyectos que buscan defender la vida, los derechos humanos y la instauración de la justicia para todos.
- Una Iglesia que se hace solidaria con la creación de Dios, promotora de su defensa y cuidado, recreará la esperanza de que los hombres y mujeres hagan de este mundo un lugar de convivencia fraterna entre ellos y con todo lo creado.
- Una Iglesia que en su interior fomenta el diálogo y la paz entre lo diverso y los diversos podrá llegar a ser signo eficaz e instrumento para que, en ella y a través de ella, los contrarios se encuentren y abran los diálogos que nos permitan llegar a la deseada reconciliación y a mantener la esperanza de que un día la paz será posible para todos.

- Una Iglesia siempre atenta a los signos de los tiempos, para discernirlos e interpretarlos, será la mejor garantía de que ella será siempre capaz de reavivar cada día la esperanza en el Dios que siempre está llegando, como fuente de salvación, para iluminar la vida cotidiana de los hombres y mujeres de todo tiempo y lugar.

La Iglesia debe, pues, tomar conciencia plena que, por fidelidad al designio de Dios y como respuesta a las profundas esperanzas del mundo, su razón de ser y su misión sólo tienen sentido, lo repetimos una vez más, en cuanto sus comunidades sean verdaderas «casas y escuelas de la comunión» y en cuanto su tarea evangelizadora llegue a ser, desde el testimonio de esas comunidades, una presencia viva en todo lo humano, para promoverlo y dignificarlo cada vez más. Así será ella una iglesia donde los de dentro gozarán construyendo lazos íntimos de comunión fraterna, donde nadie es excluido ni maltratado, presentándose de esta manera como una «sociedad de contraste» donde se santifica el glorioso nombre de Dios, viviendo valores alternativos a los que hoy los poderosos de este mundo pretenden imponer; y los de fuera, por la luz que esas comunidades irradian, encontrarán en ella un espacio de esperanza, que puede hacer soñar de nuevo a tantos hombres y mujeres pobres y excluidos, que vagan sin sentido y sin esperar ya nada, de nada ni de nadie, por el mundo y por nuestro país, en el Dios de las promesas y en las promesas de Dios. Así ella será también una Iglesia creíble, que da razón de su esperanza a todo el que se la pida (cf. I Pe 3, 15), ofreciendo siempre motivos nuevos para seguir esperando. De esta forma, todos los que hoy conforman la Iglesia, y también todos los que se sientan atraídos por ella como lugar de comunión fraterna, podrán continuar seguros su peregrinar histórico, esperando la realización plena del Reino, con la confianza de que el mismo Dios, fuente, garante y agente de la esperanza y, en definitiva, también su objeto último, no los defraudará.